



Mabel Weber



Ignacio Weber

La decena trágica: muertos sin sepultura

Pedro Siller*

Al cumplirse cien años de la muerte de Francisco Ignacio Madero, uno de los iniciadores de la Revolución Mexicana, una breve reflexión nos obliga a reconocer que su muerte es algo que pesa en la conciencia nacional, no sólo por la forma brutal como se consumó, sino también y sobre todo, tanto por la indiferencia con la que el pueblo de México lo abandonó durante sus días finales a manos de la soldadesca como por la impunidad de sus autores.

La historia de Madero comienza a escribirse en las páginas de la historia nacional cuando el dictador Porfirio Díaz decidió reelegirse por séptima vez y la maquinaria política que tantas veces había sido inefable en conseguir la representación virtual de la voluntad popular, esta vez fuera incapaz de lograr un mínimo consenso para un nuevo periodo presidencial.

La carrera final estaba marcada entonces por dos grandes corrientes que no descartaban ninguna la presencia del dictador; pero una, representada por el secretario de Hacienda, José Yves Limantour, se identificaba demasiado con el capital extranjero; la otra proponía un vicepresidente con rasgos nacionalistas, incluso populistas, y vieron en el general Bernardo Reyes al candidato ideal. Pero ambos renunciaron a encabezarlas. Uno propuso a un títere: Ramón Corral; el otro, militar de abolengo que detestaba la traición, prefirió el exilio antes que cometer el delito de parricidio frente al dictador que se negó reiteradamente a escogarlo como sucesor.

Los mexicanos se quedaron sólo frente a Francisco I. Madero, ése, que como había escrito el poeta López Velarde: "vale por su hombría... Al proclamar el antirreeleccionismo tuvo Madero una actitud caballeresca, un gesto bizarro, una palabra de justicia.", y que definitivamente proclamaba la salida de Porfirio Díaz.

Desde el inicio de la campaña antirreeleccionista de 1910, organizó un movimiento que aprovechó el margen democrático anunciado en la entrevista Díaz-Creelman dos años antes y que tantas expectativas había despertado. Hubo entonces una multiplicidad de actores, pero sin duda el éxito de Madero consistió en reunirlos en un solo movimiento que cuestionó la legitimidad del porfirismo. Así, agotó las posibilidades democráticas con la formación de clubes y giras electorales hasta que hizo revelar la intolerancia política del régimen y se le encarceló en vísperas de las elecciones, en el mes de junio de 1910.

Una vez estallada inevitablemente la rebelión el 20 de noviembre de 1910, en ningún lugar ésta fue más fuerte que en el norte y en particular en Chihuahua. Su historia reciente, pródiga en levantamientos armados, le había dejado dolorosas cicatrices y una invaluable experiencia guerrera. Con ellos logró su principal victoria militar, la toma de Ciudad Juárez en mayo de 1911 y lo que se consideraba casi imposible: la renuncia de Porfirio Díaz

La entrada triunfal de Madero a la ciudad de México el 7 de junio de 1911 fue apoteótica, como escribió entonces Francisco Bulnes, "hoy la popularidad de Madero sólo la alcanza la Virgen de Guadalupe", y los problemas a los que se enfrentaba verdaderamente necesitaban un milagro para resolverse.

De junio a noviembre, la presidencia interina de León de la Barra dio un respiro a los mexicanos, pero no resolvió los problemas que había generado la explosión popular. En noviembre de 1911 y después de unas elecciones, Madero rindió su protesta como Presidente Constitucional. Quince meses después, en febrero de 1913, la suerte del líder del antirreeleccionismo estaba marcada por el desencanto de sus seguidores y la soledad del líder.

Madero aparecía como incapaz de contener las fuerzas que él mismo había convocado, era pues, en las caricaturas de la prensa, el ejemplo clásico del aprendiz de brujo que desata tormentas que luego no sabe controlar.

Algunos hombres del antiguo régimen, como el general Bernardo Reyes o el sobrino de Porfirio Díaz, Félix, intentaron, sin éxito, rebeliones que los colocaran de nuevo en el centro de la vida nacional; ambos fueron encarcelados, sujetos a proceso y no representaron en realidad ningún peligro para la vida política del nuevo régimen. Los ex partidarios sí y eso era señal de que algo no funcionaba bien en la nueva era.

Apenas a pocos días de la investidura de Madero, el 15 de diciembre, su antiguo partidario, Emiliano Zapata, hizo publicar el Plan de Ayala en el que denunciaba las inconsistencias maderistas y le declaraba la guerra; otro de sus seguidores de la época del Partido Antirreeleccionista, el licenciado Emilio Vázquez Gómez, lanzó en noviembre de 1911, el Plan de Tacubaya y en el Norte, en marzo de 1912, se conoció el Plan de la Empacadora con el que Pascual Orozco, quien había sido su general más prestigiado y artífice de la toma de Ciudad Juárez, lo acusaba de traición a la causa por la que habían luchado.

Madero aparecía como incapaz de contener las fuerzas que él mismo había convocado, era pues, en las caricaturas de la prensa, el ejemplo clásico del aprendiz de brujo que desata tormentas que luego no sabe controlar.

De acuerdo con todos, maderistas y no maderistas, la conjura contra el Presidente era un secreto a voces desde diciembre de 1912. El secretario del Presidente, Juan Sánchez Azcona, relató que los primeros indicios apuntaban que el 5 de febrero, aniversario de la Constitución, se daría el golpe después del desfile. Pero que a pesar de los avisos hechos al propio Presidente, éste no hacía caso, confiaba en que su incuestionable ascenso a la Presidencia lo hacía inmune a las intrigas. Al criticar los problemas de Madero como presidente, el *New York Times*, comentaba el 10 de febrero de 1913, de una manera que resultaría macabra: "Madero cumplirá 42 años el próximo 18 de octubre, si vive para entonces..."

Desde la prisión en la ciudad de México, el general Bernardo Reyes organizó una rebelión apoyado por los simpatizantes que todavía le quedaban. Su hijo, Rodolfo, narró en su testimonio las angustias de un padre prisionero, avergonzado de su pobre actuación en la revuelta contra Madero en diciembre de 1911; de su rendición ante un soldado anónimo; de su muerte cívica; de tener que pagar un rescate por su yerno secuestrado por el villista Tomás Urbina; de la humillación diaria de vivir entre todo tipo de maleantes y finalmente, de su búsqueda por una muerte digna.

Ese era el ambiente en medio del cual, después de muchas vacilaciones, la madrugada del día 9 de febrero de

1913, los generales Manuel Mondragón y Gregorio Ruiz, acudieron con gente de tropa, estudiantes de la Escuela Nacional de Aspirantes y partidarios incondicionales, entre ellos el propio Rodolfo Reyes, a liberar a su padre de la prisión militar de Santiago Tlatelolco. El general Reyes ya se encontraba preparado y listo para salir, no hubo resistencia; mientras, el general Ruiz tomaba sorpresivamente Palacio Nacional. Con Mondragón al frente y el griterío por las calles, se dirigieron a liberar a Félix Díaz que se encontraba en la Penitenciaría de Lecumberri, la que tomaron sin resistencia.

En Palacio Nacional, el comandante de la Plaza, el general Lauro Villar, rápidamente había retomado el edificio que estuvo por momentos en manos de los rebeldes, liberado a los prisioneros y aprehendido a varios de los golpistas como al general Ruiz, quien esa tarde fue fusilado en el patio. Su cadáver permaneció insepulto varios días debido a las confusiones y conflictos.

Cuando el general Reyes llegó a la puerta Mariana de Palacio Nacional encontró a las fuerzas leales al mando del general Villar. Entre rebeldes y curiosos eran alrededor de cuatro mil personas. Reyes confió en que no era posible que un antiguo subordinado suyo se rehusara a obedecerle; así, avanzó confiado a pesar de las tres veces que Villar le marcó el alto, luego éste dio la orden de disparar. Reyes fue el primero de 57 cadáveres que anunciaron la nueva etapa de la Revolución Mexicana.

Muerto su líder, confundidos, dispersos, sin rumbo, los rebeldes recorrieron varias calles a tropel y terminaron por refugiarse en el cuartel de La Ciudadela, cercano a Palacio Nacional, acompañados de Félix Díaz en calidad también de prófugo desconcertado. La sorpresa fue agradable, en el local había 55 mil fusiles, 30 mil carabinas, 26 millones de cartuchos máuser, 100 ametralladoras Hotchkins y cañones de distinto calibre.

El presidente Madero al enterarse de los sucesos, desde el Castillo de Chapultepec se dirigió a Palacio Nacional. Poco antes de llegar al Zócalo, en el edificio de la fotografía Daguerre, Madero se enteró de la muerte de Reyes y de que el general Villar había resultado seriamente herido en la refriega. Un testigo, Federico González Garza, narra la enorme confusión del momento, discusiones si se debería ir a Palacio o regresar al Castillo de Chapultepec; era necesaria una acción decisiva, una voz de mando, entonces se apareció el general Victoriano Huerta, quien se encontraba vestido de civil y se acercó a Madero: "¿Me permite usted, señor presidente, que me haga cargo de todas estas fuerzas para disponer lo que yo juzgo debe hacerse para la defensa de usted y de su gobierno?"



Madero, al parecer, por lo que decidió aceptarlo fue por las dudas e indecisiones de los demás y porque Huerta era obedecido sin resistencia por la tropa. No hay que olvidar que era conocido como El Indio por su rudeza y violencia, o burlescamente como el “general Rompopo” porque se asemejaba a esa bebida que se hace principalmente de alcohol y huevos.

Una vez que los muertos pudieron ser levantados del Zócalo, doña Aurelia Ochoa, ya viuda de Reyes, se acercó a Madero para pedir hacerle un entierro al General, “como él se merecía”, pero Madero se negó temiendo mayores disturbios. La señora replicó: No le tenga usted miedo a Bernardo... no se preocupe... los muertos no hacen nada...

Quizá ella había olvidado el espiritismo de Madero. El líder, de todos modos se negó terminantemente. El cadáver permaneció insepulto durante once días, es decir, hasta el 20 de febrero, cuando se depositó en el panteón de Tepeyac, cerca de la Basílica de Guadalupe, en una ceremonia privada con los miembros de la familia.

La batalla por la ciudad de México duró diez días, los suficientes para que el embajador de los Estados Unidos, Henry Lane Wilson alegara que el gobierno de Madero ya no existía en la práctica.

El 18 de febrero de 1913 se llegó a un acuerdo entre los rebeldes y Huerta a través del Pacto de la Embajada, porque fue en esa sede norteamericana donde se fraguó. En este documento se desconoció al gobierno maderista y se propuso que Huerta asumiera la Presidencia de la República. El ascenso de Huerta es admirable, nueve días antes era un militar retirado, desempleado, ahora era el hombre fuerte. Esa misma noche el grupo de conspiradores dio el golpe final con la orden de aprehensión del presidente Madero y al mismo tiempo condenó a muerte a su hermano Gustavo. La suerte de éste último fue terrible pues fue entregado a la furia de la soldadesca que estaba en La Ciudadela, donde fue mutilado horriblemente, pues vivo se le arrancó el ojo que tenía sano con una bayoneta, y permaneció semienterrado tres días. El maderista José Vasconcelos narró esos momentos difíciles:

Apenas levantados los muertos, reunió Madero a los pocos que estaban con él y se asomó al balcón de Palacio intentando llamar al pueblo en su auxilio. Afuera, las calles totalmente desiertas demostraban el cuidado que había tenido Huerta de aislar a sus prisioneros. Además, el pueblo no había querido moverse. Uno de los días anteriores después de imprimir una proclama convocándolo, habíamos recorrido en un auto del gobierno todos los barrios humildes donde antes tuvimos fuerza y amistad. En todas partes se nos acogió con recelo. Y tenían razón: no les dábamos armas. La ciudad ya no era nuestra.

El secretario de Relaciones Exteriores, Pedro Lascuráin, atormentado por los acontecimientos y convencido de que la intervención norteamericana era inminente si Madero no renunciaba como presidente, lo convenció y llevó el documento a la Cámara de Diputados que lo aceptó y nombró a su vez a Victoriano Huerta como Secretario de Gobernación y de acuerdo a lo convenido, a los 45 minutos Lascuráin renunció y aquél ascendió como presidente provisional.

La noche del 22 al 23 de febrero, Madero y Pino Suárez fueron asesinados mientras se les trasladaba a la Penitenciaría de la ciudad de México. La formulación de la versión oficial del crimen fue, por decir lo menos, novelesca, pues se argumentó que habían muerto en un ataque mientras fuerzas desconocidas trataban de liberarlos. Luego, esa noche se les enterró detrás de los muros de la penitenciaría y se les desenterró en la madrugada; hubo autopsias en el interior de la prisión y al día siguiente el cuerpo de Pino Suárez fue entregado a sus familiares, no así el de Madero que estuvo varios días insepulto, hasta que fue entregado a sus familiares un ataúd forrado en zinc, el que supuestamente contenía sus restos.

Las investigaciones oficiales iniciadas el 7 de septiembre de 1914 quedaron en suspenso, como se puede apreciar en la *Memoria de la Secretaría de Gobernación*, compilada por Jesús Acuña, donde se reproducen las actas levantadas en las declaraciones de los indiciados.

Los que fueron señalados por los testigos y posteriormente en libros, folletos, artículos periodísticos y en general por *vox populi*, como responsables intelectuales y algunos de ellos directamente involucrados en el crimen, nunca fueron ni siquiera llamados a declarar. Entre los responsables intelectuales como Victoriano Huerta, murió en El Paso el 13 de enero de 1916 sin haber sido jamás requerido para la investigación; Aureliano Blanquet, quien aprehendió a Madero en Palacio, después de vivir tranquilamente en La Habana, falleció en Veracruz en una rebelión contra Carranza en 1918; quienes dispararon contra Madero y Pino Suárez como el cabo de rurales Francisco Cárdenas, murió en Guatemala después de sensacionales declaraciones sobre la muerte de Madero en noviembre de 1920; otro de los implicados directamente en el asesinato, Rafael Pimienta murió en 1929 como integrante de la rebelión delahuertista después de haber escalado importantes puestos en el ejército; y Félix Díaz, después de una larga serie de insurrecciones que le hicieron llevar una verdadera vida de aventuras, falleció tranquilamente en su hogar, en el puerto de Veracruz, en 1945.

El expediente de la muerte de Francisco I. Madero, de hecho, sigue abierto en la Procuraduría de Justicia del Distrito Federal contra *Quien Resulte Responsable*. Por eso quizá nos duele tanto.

*Docente-investigador de la UACJ.